

inconsciente. El diálogo que se establece entre la industria cultural y su público, es el mismo que uniría a "un charlatán y a un mudo"; sin embargo, no puede afirmarse que los medios técnicos de comunicación ejercen una influencia unilateral sobre el público. Este opina —con su presencia o su ausencia— e influye con su conducta.

La cultura de masas crece, efectivamente, en contra de los intereses tradicionales del intelectual. Frente a la meditación sobre los significados y los matices, se expande un universo de imágenes y hechos aislados. Frente a una sensibilidad atenta a la forma y a la comunicación de un instante peculiar y único, aparecen las constantes emocionales que funden todos los momentos en una sola forma de consumo. Este movimiento, sin embargo, es irreversible; no tendrán ningún efecto las oposiciones conservadoras. La tendencia dominante es hacia la racionalización tecnológica, hacia la uniformidad de los valores y las actitudes.

La característica esencial del libro de Edgar Morin, es la ausencia de maniqueísmo. Su pensamiento no se acerca siquiera a la ideología tecnocrática; aplica su crítica, constantemente, al desdén intelectualizado ante la cultura de masas. Morin llama nuestra atención, en este sentido, sobre ciertos antecedentes y significados de la cultura industrial:

En primer lugar, nunca existió una edad de oro de la alta-cultura. En los siglos XVIII y XIX, la cultura dominante se trasmite en los salones aristocráticos y burgueses, de una "buena sociedad" que marginaba a sus genios. Los creadores sólo eran aceptados, después de su muerte, cuando las condiciones sociales habían ya cambiado y podían integrarse las críticas a un pasado imperfecto.

En segundo término, no puede concebirse la cultura de masas como un todo que tiende a la uniformidad. Dentro de ella y en contra de ella, hay tendencias, muchas veces poderosas, hacia la imaginación creativa, hacia el

invento renovador. La necesidad de innovación es una de las características de la moral imperante en nuestro tiempo. Fortalecer esta tendencia, utilizando los medios técnicos para una recreación imaginativa, parece ser la posibilidad más progresista y eficaz.

Otro de los efectos de la cultura de masas es la universalización; es decir, el acercamiento de los sexos, las edades, las clases sociales, las razas y las naciones.

La cultura de masas atiende tanto a los intereses del sexo masculino como del femenino; de hecho, tiende a unificar esos intereses. La épica y el afecto, la ternura y la capacidad intelectual, no constituyen ya esferas privativas de alguno de los sexos. De un lado, esto significa una maduración emocional (mayor posibilidad de comunicación entre hombre y mujer); de otro, ha implicado, en muchos casos, una inversión negativa: el debilitamiento feminoide del hombre y la intelectualización de una mujer masculinizada.

La dilución de los límites que han existido siempre entre las edades, tiene también dos resultados de distinto signo: ha disminuido el autoritarismo familiar y hay menos rechazo hacia los valores de la juventud; el adulto tiende a infantilizarse (a permanecer en un eterno "nombramiento" de las cosas, que no alcanza su significado), y el niño se encuentra inmerso demasiado pronto en un mundo de imágenes que no comprende y que tiene que aceptar como realidades mudas.

"La cultura de masas es el único gran terreno de comunicación entre las clases sociales", afirma Morin. Obreros y pequeños burgueses asisten a las mismas funciones de cine, leen los mismos periódicos y se divierten con las mismas historietas. Esto los acerca en cuanto a sus valores y tiende a aumentar la identificación entre las clases, así como el resentimiento de aquellos que no pueden vivir como "los otros". El resultado de esta ambivalencia en la práctica, ha sido un descenso de los anhelos

revolucionarios y una vigorización de los requerimientos sindicales.

Las naciones y las razas no postulan ya, como dominio único, su folklore y su tradición. El folklore ha sido incluido, como rubro importante, en la gran cultura internacional que se encarga de limar aquellas peculiaridades que resultan incompatibles con los valores de la comunidad universal.

Dicha universalidad se funda, en forma creciente, en los valores de la subjetividad. El "bien común", al que es necesario subordinar las aspiraciones personales, resulta inaceptable en nuestro tiempo. El principal interés social, en las últimas décadas del siglo XX, está en encontrar medios adecuados de realización individual para el mayor número de seres humanos.

—Antonio Delhumeau

Juan Goytisolo: *Señas de identidad*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1966.

*Señas de identidad* es uno de los ejemplos más logrados de lo que se denomina literatura comprometida ("Escritura y lectura —dice Sartre— son las dos caras de un mismo hecho de historia, y la libertad a la que el escritor nos invita no es una pura conciencia abstracta de ser libre. Esa libertad no existe, si hablamos con propiedad; hay que conquistarla en una situación histórica; cada libro propone una liberación concreta a partir de una enajenación particular."). Goyti-



solo trata de evitar su propia enajenación emprendiendo la ardua búsqueda de sí mismo, la explicación de su ser y de su acción; inquiere y remueve entre sus antepasados, explora en la geografía y la historia de su patria, interroga a sus contemporáneos; ejerce una autocrítica, constante e inflexible.

La novela es un encadenamiento de circunstancias y acontecimientos, de los cuales el hilo conductor no es un personaje sino su amargura. Amargura que no sólo se reconoce en la impotencia, sino que se localiza dentro de los límites del estatismo español. El autor se interroga y en cierto modo, se acusa: "Lo vamos a pagar caro (te decías) la perdida guerra civil, los veinte años de miedo hirsuto, la ominosa facilidad que nos invade. Enfermos todos de un mal incurable, frustrados todos, todos mutilados. ¿Cómo restablecer la paz, la plenitud, el sosiego en el interior de los corazones? Triste pueblo, patria triste, ¿que psicoanálisis puede recobrarte? Para ti nunca pasan días y tus hijos se suceden en tu regazo inútiles frente a tu inercia, tu terquedad, tu locura."

Éste es el tono. Los personajes se construyen a través de una acción que sin respetar límites geográficos ni cronológicos, se desliza entre un juego denso de elementos correlacionados. Goytisolo domina el recurso de la emoción en lo que acaso sea su ejemplo más vivo: la secuencia, en contrapunto, que identifica el encierro de ganado en Yeste con los sangrientos sucesos que tuvieron lugar años antes en el mismo sitio. El estilo en ningún momento, deja de corresponder a la importancia documental y política; el testimonio se embellece por un afán renovador de técnica literaria.

Juan Goytisolo posee esa imaginación sociológica, cuya esencia está en "poder captar la historia y la biografía, y la relación entre ambas dentro de la sociedad". Complemento, no por frecuente obli-gado, de algunas obras literarias de estos días.

—Margarita Suzán